

Edmund Wilson

Hacia la estación de Finlandia

Ensayo sobre la forma de escribir
y hacer la historia



En este relato repleto de romance, idealismo, intriga y conspiración, historia intelectual a gran escala, Edmund Wilson rastrea las ideas revolucionarias que dieron forma al mundo moderno desde la Revolución francesa hasta la llegada de Lenin en 1917 a la estación de Finlandia en San Petersburgo. Es una crónica viva y de gran envergadura a la que subyace una idea singular y capaz de cambiar la historia: que es posible construir una sociedad basada en la justicia, la igualdad y la libertad. Anarquistas, socialistas, nihilistas y utópicos cobran vida en estas páginas, y sus ideas permanecen tan provocadoras y relevantes hoy como lo fueron en su tiempo. Se trata de un libro absolutamente actual, que se puede leer y releer como las grandes novelas, y que, con los años transcurridos desde su publicación, ha ganado encanto y vigor, igual que las obras maestras literarias.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

EL AUTOR agradece especialmente las críticas, información y materiales facilitados por las siguientes personas: Max Eastman, Christian Gauss, Franz Hóllering, Sidney Hook, Robert Jean Longuet, Mary McCarthy, Max Nomad y Herbert Solow.

En determinados capítulos me he apoyado en gran medida en la biografía de Bakunin, de E. H. Carr; en la biografía de Lassalle, de Amo Schirokauer, y en el primer volumen de la biografía de Lenin, de León Trotski; también estoy en deuda con el libro de Max Eastman: *Marx, Lenin, and the Science of Revolution*.

También expreso mi agradecimiento a *The New Republic* y *Partisan Review*, en cuyas páginas se publicaron algunos capítulos de la obra.

INTRODUCCION DE 1971

RESULTA muy fácil idealizar los trastornos sociales que ocurren en un país ajeno. Se comprende, pues, que ingleses como Wordsworth y Charles James Fox idealizasen la Revolución francesa, y que hombres como Lafayette albergasen un sentimiento idéntico con respecto a la norteamericana. La enorme distancia que separa a Rusia de Occidente sin duda influyó aún más en la opinión de los socialistas y liberales norteamericanos, llevándoles a creer que la Revolución rusa iba a destruir un pasado opresivo, a deshacer una civilización basada en el comercio y a crear, según había vaticinado Trotski, la primera sociedad auténticamente humana. La verdad es que fuimos bastante ingenuos. No previmos que la nueva Rusia habría de conservar muchas características de la antigua Rusia: la censura, la policía secreta, el desorden originado por una burocracia incompetente y una autocracia todopoderosa y brutal. Mi libro da por supuesto que la Revolución representó un importante paso adelante en el camino hacia el progreso, que se había producido una ruptura trascendental y que nada de lo que afecta a la historia del hombre volvería a ser igual. Pero no sospeché que la Unión Soviética pudiera convertirse en una de las tiranías más odiosas que jamás existieron, y que Stalin pudiera llegar a ser el más cruel y amoral de todos los despóticos zares rusos. Este libro debería leerse, por tanto, como un relato fundamentalmente verídico de cuánto hicieron los revolucionarios para, en su opinión, lograr «un mundo mejor». Es necesario, sin embargo, incluir ciertas correc-

ciones y modificaciones con el fin de rectificar una visión demasiado optimista por mi parte. Calcular lo que de valor permanente —sea cual fuere el significado dado a este concepto— tuvo la Revolución de Octubre me sería imposible.

Se me ha acusado, con justicia, de no conceder suficiente importancia a la tenaz persistencia de la tradición socialista en Francia. ¿Y Jaurés y Zola?, me preguntan algunos. Debo contestar que, en efecto, no ocupan el lugar que merecen. Y he de confesar también que a Anatole France no se le reconoce en este libro todo su mérito. Desde luego, siguen sin merecerme más simpatías ahora que antes le Petit Pierre y el tedioso abate Coignard; pero tras leer de nuevo la *Histoire Contemporaine* en la edición en un solo volumen, la obra me gustó aún más que la primera vez, y me siguió pareciendo sorprendentemente fiel la imagen que evoca de la política y la sociedad de la Francia actual. En cuanto a *Les Dieux Ont Soif*, los peligros contra los cuales nos previene en la persona del intransigente fanático Evariste Gamelin se han puesto de manifiesto del modo más nefasto en la intolerancia que dio lugar a las matanzas rusas. En general, no he sido demasiado justo con estos escritores franceses posrevolucionarios, de los cuales aprendí tanto en el pasado.

En lo que se refiere a Marx y a Engels, no tengo nada que añadir. David McLellan, erudito marxista británico, ha publicado recientemente en inglés varias selecciones de lo que él llama los *Grundrisse* de Marx, manuscrito de mil folios escrito entre octubre de 1857 y marzo de 1858 y del que hasta ahora solo había una edición rusa de 1939 y otra alemana de 1953. McLellan subraya la importancia de este manuscrito, pues en su opinión constituye «el eje del pensamiento de Marx», y afirma que «toda discusión acerca de la continuidad del pensamiento de Marx está destinada al fracaso desde sus mismos comienzos si no se tienen en cuenta los *Grundrisse*». Este manuscrito puede considerar-

se como un intento por parte de Marx de esbozar los objetivos de todo su sistema; según McLellan, ha llevado a ciertos eruditos a la conclusión de que Marx era «en realidad un humanista, un existencialista, incluso un “existencialista espiritual” (sea cual sea el significado de esta expresión)». Pero lo cierto es que los *Grundrisse* jamás se publicaron y son simplemente un ejemplo más de las dificultades de Marx para dar cima a una obra. Pienso que los problemas planteados en este trabajo le resultaron siempre de imposible solución. (Los *Grundrisse* parecen referirse principalmente a cuestiones económicas; y aunque Marx tropieza, como siempre le ocurrió, ante la grandiosidad de los poemas homéricos —en cuanto productos de una cultura que tenía que haber sido primitiva— deja sin solucionar los problemas psicológicos). Esto explica por qué el primer volumen de *Das Kapital*, la única parte publicada por Marx, resulta hoy, en cierta medida, un fraude. Deja al proletariado enfrentado con el capitalista al borde de una cruenta lucha de clases originada por la cuestión del valor del trabajo. El problema del valor creado por los numerosos intermediarios queda en el punto en que estaba al interrumpirse el manuscrito. Pero es la indignación contagiosa de este primer volumen de *Das Kapital* lo que ha venido impulsando a los revolucionarios a partir del momento de publicarse la obra. Investigar el desarrollo intelectual de Marx sobre la base de escritos tempranos nunca publicados parece una labor bastante fútil y árida, propia de académicos deseosos de apuntarse un tanto. La gente ha leído lo que Marx quería que se leyera y ha experimentado las emociones que él pretendía despertar.

Se me ha acusado también de ofrecer un retrato demasiado benévolo de Lenin, y creo que existe cierta justicia en esta acusación. Pero en la época en que se redactó el presente libro no contaba yo con otras fuentes que las autorizadas por el gobierno soviético, las cuales, por otra parte, habían sido manipuladas a su antojo para proporcionar la

imagen deseada. Trotski afirma, en su obra inacabada sobre la vida de Lenin, que en su opinión ni siquiera las memorias familiares son fidedignas debido a esta manipulación. En *Mi vida*, sin embargo, el propio Trotski se refiere a Lenin en términos, como ya he dicho, casi tan elogiosos como Platón al hablar de Sócrates. Solo recientemente han visto la luz las impresiones, no censuradas por el gobierno soviético, de personas que tuvieron ocasión de conocer el lado más desagradable de Lenin: Pyotr Struve y N. Valentínov. Parece cierto que Vladímir Ilich se mostraba especialmente considerado y amable con quienes no le llevaban la contraria, pero duro y grosero con todos los demás. Al principio cultivó la amistad tanto de Struve como de Valentínov y les alentó, para luego abandonarles y denunciarles inesperadamente. Struve —y cito sus palabras, según aparecen en el libro de Richard Pipes *Struve: Liberal on the Left, 1870-1905*— afirma lo siguiente respecto a Lenin:

La primera impresión que me causó Lenin fue bastante desagradable y nada vino a alterarla a lo largo de toda mi vida. No era su brusquedad lo que causaba esta impresión, sino algo más inquietante: una especie de mofa —en parte deliberada y en parte irresistiblemente orgánica— que brotaba de lo más profundo de su ser y que iba dirigida contra quienes consideraba adversarios suyos. En mí creyó ver, ya desde nuestro primer encuentro, un adversario, a pesar de que en aquellos tiempos yo me sentía aún bastante unido a él. Se dejaba guiar en este aspecto por la intuición, más que por la razón; por lo que los cazadores llaman «olfato». En época posterior tuve ocasión de conocer bien a Plejánov. También él mostraba una brusquedad que rayaba en burla abierta cuando tenía frente a él a personas a las que deseaba herir o humillar. Pero si se le compara con Lenin, Plejánov era todo un aristócrata.

Para describir la forma en que ambos trataban a los demás, podría emplearse la expresión francesa *cassant*, imposible de traducir. Pero en el *cassant* de Lenin había algo insoportablemente plebeyo y a la vez insensible, repulsivamente frío.

Eran muchos los que compartían conmigo esta impresión de Lenin, pero tan solo mencionaré a dos: Vera Zasúlich y Miguel Tugán-Baranovski, personas muy distintas entre sí. Zasúlich, la mujer más lista y sutil que jamás conocí, sentía hacia Lenin una antipatía que rayaba en repugnancia física; su posterior ruptura política no se debió tan solo a diferencias teóricas o tácticas entre ambos, sino a la profunda disparidad de caracteres.

Miguel Tugán-Baranovski, al cual se unió durante muchos años una estrecha amistad, solía hablarme con su acostumbrada ingenuidad, que muchas personas atribuían sin fundamento alguno a estupidez, de la irresistible antipatía que sentía hacia Lenin. Habiendo conocido al hermano de este, Alejandro Uliánov, e intimado con él... señalaba con sorpresa cercana al horror lo distinto que había sido de su hermano Vladimir. El primero fue un hombre de gran rectitud moral y firmeza de carácter, extremadamente afable y discreto, incluso al tratar con extraños o con enemigos, mientras que la brusquedad del segundo podría calificarse de auténtica crueldad...

No cabe negar que la actitud de Lenin hacia los demás respiraba frialdad, desprecio y crueldad. Para mí resultaba evidente incluso entonces que esas cualidades tan desagradables y hasta repulsivas de Lenin llevaban en sí la promesa de su capacidad de político: no tenía nunca presente otra cosa que su objetivo, y hacia él se dirigía con paso firme y seguro. O mejor dicho,

tenía en su mente no solo un objetivo más o menos lejano sino todo un sistema, toda una cadena de objetivos. El primer eslabón era el dominio de aquel círculo reducido de amigos políticos. La brusquedad y crueldad de Lenin —como comprobé casi desde el principio, desde nuestro primer encuentro— se hallaban psicológicamente enlazadas de forma indisoluble, a la vez consciente e inconscientemente, con su indomable amor al poder. En casos como este, resulta difícil por regla general determinar cuál de los dos está al servicio de cual, es decir, si el amor al poder sirve a los intereses de determinada tarea o de un alto ideal propuesto como meta, o, por el contrario, si esa tarea o ese ideal son tan solo el medio de colmar la insaciable sed de poder.

El testimonio de Valentínov, tomado de su libro *Meetings with Lenin*, concuerda casi por completo con lo anterior:

Nadie tenía tanta capacidad para contagiar a los demás de entusiasmo hacia sus proyectos, tanta habilidad para imponer su voluntad y doblegar a los demás, como este hombre que a primera vista parecía tan tosco y grosero, desprovisto aparentemente de todo atractivo personal. Nadie, ni siquiera Plejánov o Már-tov, logró dominar el secreto de aquella influencia hipnótica sobre la gente que emanaba de Lenin; me atrevería incluso a decir su dominio sobre los demás. Lenin fue el único a quienes todos seguían ciegamente como jefe indiscutible, ya que solo Lenin parecía personificar —especialmente en Rusia— ese fenómeno nada frecuente, el hombre de voluntad de hierro, de inagotable energía, en el que se conjugaban una fe fanática

en la acción, en las actividades prácticas, y una confianza inquebrantable en sí mismo...

Cuando ocurrió la ruptura con Valentínov, tuvo lugar la siguiente conversación:

—No puedo olvidar —dijo Valentínov— con qué facilidad me relegaste a la categoría de tus enemigos más peligrosos, ni el torrente de reproches con que me obsequiaste al comprobar que mis opiniones diferían de las tuyas en cuestiones filosóficas.

—Tienes razón —contestó Lenin—, en eso llevas toda la razón. Todo el que se aparta del marxismo es enemigo mío. Y a los filisteos ni les saludo ni me siento a la mesa con ellos...

Sin darme la mano, Lenin dio media vuelta y salió, y yo abandoné la organización bolchevique.

Ignazio Silone, que en su época comunista tuvo ocasión de hablar con Lenin, afirma:

Cuando él entraba en la sala, la atmósfera se transformaba, se electrizaba. Era un fenómeno físico, casi palpable. Se desprendía de él un entusiasmo contagioso, semejante al fervor que emana de los fieles cuando se reúnen en torno a la Silla de San Pedro y que, como una ola, se extiende por toda la basílica. Pero cuando se le veía o se le hablaba cara a cara —y surgía la ocasión de oír sus juicios hirientes, desdeñosos, de observar su capacidad de síntesis y el tono dogmático de sus decisiones—, la impresión que causaba era muy distinta, sin asomo alguno de adoración. Recuerdo que en aquel viaje a Moscú, en 1921, pude oír acerbos comentarios suyos que me produjeron la misma sensación que un golpe en la nuca.

Bertram D. Wolfe ha logrado mostrar, tras consultar los artículos pertinentes de Gorki, que la obra *Días con Lenin*,

patrocinada por los comunistas, da una versión muy tergiversada e incluso alterada de las relaciones entre Lenin y Gorki. La diferencia fundamental entre los dos parece ser que Lenin pensaba en función de las clases sociales mientras que Gorki pensaba en función del hombre. Gorki siempre tomó en serio la religión, aunque no comulgó con el cristianismo, y a menudo aludía al *bogoiskatelstvo*, «la búsqueda de Dios», cosa que enfurecía a Lenin: «Toda idea religiosa, toda idea sobre cualquier diosecillo, incluso todo coqueteo con él es de una vileza indescriptible». Gorki se creyó llamado a defender a la *inteligentsia* —artistas, escritores y científicos— y consiguió que Lenin le asignase un puesto desde el cual pudiera asumir la responsabilidad de aquellos: abrumó a Lenin con demandas que acabaron por irritar a este, llevándole a declarar ante Gorki que todo aquello era un asunto trivial comparado con la importancia de la Revolución. Sin embargo, a diferencia de Stalin, había en Lenin una fibra de bondad a la cual se podía apelar y librar de este modo a muchas personas acusadas. A principios de la década de 1920, Gorki hizo cuanto pudo para que se revocase la sentencia de pena de muerte contra los social-revolucionarios y amenazó con romper su amistad con Lenin, que ante semejante presión accedió a mantenerlos en prisión y a no cumplir la sentencia (aunque Stalin no tardaría en «liquidarlos»). Cuando Gorki fundó la revista *Be-séda (Conversación)*, con el fin de fomentar buenas relaciones entre la Unión Soviética y los demás países, se prohibió su venta en Rusia, así como la colaboración de los escritores rusos. Al advertirle Gorki lo peligroso que sería volver a las medidas tiránicas supuestamente abolidas por la Revolución, su consejo no fue bien acogido. Por último, parece ser que Gorki escribió tres caracterizaciones distintas sobre Lenin, no siempre del todo favorables. De ellas, la última y más conocida, *Días con Lenin*, fue considerablemente alterada bajo Stalin. La versión original concluía en la siguiente forma: «Al final, lo que verdaderamente importa es la hon-

radez y la rectitud en el obrar de un hombre, aquello sin lo cual no sería un hombre». Esto se transformó en lo siguiente: «Vladimir Lenin ha muerto. Pero los herederos de su pensamiento y su voluntad no han muerto. Viven y continúan su obra, la mayor conquista jamás lograda por el hombre». Todas las referencias de Gorki respecto a los judíos han sido suprimidas de la edición soviética, al igual que los párrafos siguientes tomados de uno de sus primeros trabajos sobre Lenin:

En muchas ocasiones hablé con Lenin de la crueldad de las tácticas y las costumbres revolucionarias.

—¿Y qué espera? —preguntó con sorpresa e irritación—. ¿Cree posible guardar consideraciones de humanidad cuando estamos librando una lucha tan insólita y feroz?... ¿Con qué reglas mide usted la cantidad de golpes necesarios e innecesarios en una lucha? —me preguntó una vez tras un acalorado intercambio de palabras. A esta sencilla pregunta yo solo podía contestar poéticamente—: Pienso que no existe otra respuesta posible. (¿Qué significa esto?)...

Cierto día le pregunté:

—¿Son solo suposiciones mías o siente usted realmente lástima por la gente?

—Siento lástima por las personas inteligentes. Pero hay muy pocas entre nosotros. En general somos un pueblo de inteligencia abierta pero indolente. Los rusos inteligentes son casi siempre judíos o personas que llevan algo de sangre judía.

Se comprende la poca paciencia de Lenin con el carácter conformista y discutiador de los rusos, y a nadie puede sorprender que fuese un hombre hiriente, pero no tan benévolo como quizá yo le mostré.

Aunque en realidad no guardan relación con el movimiento revolucionario, me parece que vale la pena citar

aquí dos anécdotas de carácter personal que no pude incorporar a la edición original de este libro por no haber tenido en aquel entonces noticias de ellas. Karl Marx —según he leído en *Eleanor Marx: A Socialist Tragedy*, de Chushichi Tsuzuki— tuvo un hijo natural de Lenchen, la fiel criada que la suegra de Marx envió a casa de este y que llegó en ocasiones a trabajar sin recibir salario alguno. El niño fue registrado con el apellido de su madre como Henry Frederick Demuth; y como nació en junio de 1851, época de gran escasez para la familia Marx, que vivía por aquel entonces con muchos apuros en dos habitaciones del Soho, fue probablemente confiado a una familia obrera. Hasta la década de 1880 no volvió a saberse nada de él. En una época de su vida trabajó como taxista, y posteriormente emigró a Australia, dejando abandonados a su mujer y cuatro hijos, de los que se hizo cargo su padre. Eleanor Marx albergó siempre un incómodo sentimiento de injusticia respecto a Frederick. Idealizaba a su padre de forma exagerada, e intentó convencerse de que el padre de Frederick era en realidad Engels; fue para ella una desagradable sorpresa comprobar que no lo era, pero mantuvo con él relaciones amistosas y, hasta cierto punto, llegó a hacer de él su confidente.

Quizá resulte menos inhumana la imagen de Lenin. Se sabe que de entre sus amistades femeninas había una hacia la cual sentía especial atracción; casi podría decirse que estuvo enamorado de ella. Inessa Fedorovna Armand era hija de una escocesa y de un cantante francés de *cabaret*. Su abuela la había llevado a Rusia, donde se colocó como institutriz de los hijos de un rico industrial francorruso, con cuyo hijo se casó cuando tenía dieciocho años. Con el tiempo se unió al bolchevismo y se convirtió en discípula devota de Lenin. Abandonó a su marido, llevándose con ella a sus dos hijos menores, aunque siguió aceptando ayuda material de él hasta que la revolución bolchevique expropió su negocio. Llegó a hacerse indispensable para Lenin: interpretaba

a Beethoven para él; asistía a las reuniones del partido en las que, por dominar cinco idiomas, resultaba especialmente útil a su mentor, ya que este tenía tan solo conocimientos, bastante pobres, del alemán. Lenin, según cuenta un socialista francés que les observó en un café, «avec ses petits yeux mongols épiait toujours cette petite française». Krúpskaia la menciona a veces en sus memoria; y en cierta ocasión llegó a proponer a Lenin la ruptura de su *mariage blanc* para dejarle así a Inessa Armand el campo libre. Inessa era una de las pocas personas a quienes Lenin se dirigía empleando la forma *ty* en vez de *vy*, y a quien escribía con frecuencia. Formaba parte del pequeño grupo de bolcheviques que le acompañó en 1917 a Petrogrado en el tren sellado. Estuvo en prisión tres veces y en una ocasión fue deportada a la provincia de Arkangel; en sus últimos años, y a pesar de haber sido —según opinión general— una mujer atractiva, se la describe como desnutrida, sufriendo a menudo frío y hambre: «... su rostro había comenzado a mostrar los ultrajes del exceso de trabajo y el abandono de sí misma». Hizo un incómodo viaje, en vagones de mercancías, al Cáucaso, y allí murió del tifus en 1920. Bertram D. Wolfe, cuyo relato (que procede de *Encounter*, febrero de 1964) cité anteriormente, afirma haber hablado de ella con Angélica Balabánova, quien le aseguró que Lenin quedó «totalmente deshecho» con la muerte de Inessa Armand. «Era la primera vez que le veía tan afectado. Para él fue algo más que la pérdida de un “buen bolchevique” o de un buen amigo. Había perdido a alguien muy querido y muy unido a él, y no hizo esfuerzo alguno por disimularlo». Balabánova y otros aseguran que Inessa tuvo una hija de Lenin, la cual se casó con un comunista alemán, «purgado» más tarde por Stalin, tras lo cual fue adoptada por los Uliánov. Balabánova, que había trabajado con Inessa en las conferencias políticas de los socialistas, le dijo a Wolfe: «Nunca le tomé cariño a Inessa. Era pedante, una bolchevique de pies a cabeza en su manera de vestir (siempre el mismo es-

tilo severo), de pensar y hablar. Hablaba varios idiomas, y en todos ellos repetía, palabra por palabra, cuánto decía Lenin». Era característico de Lenin sentir devoción solo por alguien que aceptaba sus palabras, sin asomo alguno de desacuerdo.

Isaac Deutscher, en *Lenin's Childhood* (primer capítulo de una obra inacabada sobre la vida de Lenin), ha aportado abundante luz sobre los orígenes de su personaje. Nada se conoce de la familia Uliánov con anterioridad a la generación del abuelo de Lenin. Deutscher opina que tuvieron que ser campesinos, y de origen mongol, tártaro o kalmuko. Su abuelo marchó a Astrajan, refugio de siervos fugitivos. «No sé nada —dijo el propio Lenin— acerca de mi abuelo». Este Uliánov, sastre de escasísimos recursos económicos, fue registrado, ya en edad avanzada, como *meshchánin*, es decir, miembro de algo parecido a una clase media baja. Hasta ese momento no había tenido apellido ni disfrutado de los derechos de ciudadanía debido, al parecer, a esta baja situación social. El padre de Lenin había ascendido hasta formar parte de la *intelligentsia*, de la clase media, gracias a los servicios prestados en el campo de la educación, que además le hicieron ganar un título de nobleza honoraria. En cuanto al propio Lenin, tuvo siempre modales bruscos y groseros, a pesar de que su madre procedía de un estrato social algo más alto y a pesar también de haber destacado él mismo como hombre de letras.

En la biografía de Trotski en tres tomos que escribió Deutscher, mucho más detallada en cuanto a la historia política de mi relato, demasiado panorámico, no he hallado nada que me obligue a hacer rectificaciones. Deutscher depende, en gran parte, de las mismas fuentes que yo para los primeros años de Trotski de los que me ocupo: la propia autobiografía de Trotski y la obra de Max Eastman *León Trotsky: The Portrait of a Youth*. Por el *Trotsky's Diary in Exile*, 1935 he comprobado, sin embargo, que no era cierto, como yo había llegado a suponer —este asunto se mantu-